

Adam Smith: antídoto al neoliberalismo

Adam Smith: antidote to neoliberalism

Wesley C. Marshall *

Resumen

Este artículo busca establecer un diálogo entre la obra de Adam Smith y el Neoliberalismo en sus múltiples aspectos: su obra escrita; su tratamiento de otros pensadores y sus obras; y su forma de gobernar. Aquí se argumenta que Adam Smith ha sido cooptado por el pensamiento neoliberal para promover ideas que son todo lo contrario de las favorecidas por Smith. Sus citas más famosas se malinterpretan deliberadamente, dado que su significado explícito en el texto es que toda la actividad humana está determinada por “poderes divinos”, lo cual es un anatema para el pensamiento neoliberal, que eleva el dinero y los mercados al reino de lo divino. Los textos de Smith no solo sirven como evidencia de las formas engañosas del neoliberalismo, sino que también ofrecen advertencias proféticas de cómo tanto la religión como la ciencia pueden ser capturadas por las autoridades y distorsionadas a su voluntad.

Palabras Clave: Adam Smith, neoliberalismo, teoría económica

Abstract

This article seeks to establish a dialogue between Adam Smith's *oeuvre* and Neoliberalism in its many aspects: its body of written work; how it deals with other thinkers and their written work; and its form of governing. Here we argue that Adam Smith has been coopted by neoliberal thinking to advance ideas that are in fact the contrary of those favored by Smith. His most famous quotes are purposefully misinterpreted, as their explicit meaning in the text is that all of human activity is determined by divine powers, which is anathema to neoliberal thinking, which elevates money and markets to the realm of the divine. Smith's texts not only serve as

* UAM – Iztapalapa.

evidence to neoliberalism's deceptive ways, but also offer prescient warnings of how both religion and science can be captured by authorities and distorted to their will.

Keywords: Adam Smith, Neoliberalism, Economic Theory

Introducción

Adam Smith es justamente considerado el padre de la economía moderna, pero no por las razones comúnmente entendidas. Durante muchos años, el trabajo de Smith ha sido considerado un “clásico”, lo que a menudo resulta problemático. Refiriéndose a la Teoría General de Keynes, Paul Davidson decía que un clásico es un libro que no hace falta leer para citar, una idea no muy lejana a la de Mark Twain, que “un clásico es algo que todo el mundo quiere haber leído y nadie quiere leer”. En el caso de Smith, cualquier persona con la educación más pasajera de economía entiende la noción de Smith de la “mano invisible” como la explicación por la cual el egoísmo de una persona (el carnicero, el barbero o el panadero) conduce al bien colectivo. Sin embargo, ésta y otras de sus citas son normalmente mal entendidas. Por un lado, desde Marx en adelante, muchos de los economistas más críticos encuentran fallas en las ideas, la metodología y las conclusiones de Smith, mientras que, por otro lado, los economistas más convencionales a menudo elogian estos elementos y recogen argumentos específicos y los tergiversan para sus creencias, que existen en confrontación directa con las de Smith. El típico rechazo automático de Smith por parte del pensamiento más crítico y la astuta cooptación por parte del neoliberalismo actual se han combinado para crear la noción de que Smith fue un simple precursor del pensamiento neoliberal: un economista clásico tradicional cuyos pensamientos se han perfeccionado y actualizado, y por tanto, no hay necesidad de estudiar el trabajo anterior y menos refinado.

Como se argumenta, Smith tiene el derecho legítimo de ser el padre de muchas escuelas de pensamiento económico, pero no de las que nos han enseñado a pensar. Él no comparte el pensamiento de la economía clásica, ni las ideas de la ideología política liberal, sino que ofrece ideas claves sobre lo que ahora se considera en el extremo crítico del espectro de la economía, sea en el ámbito de la economía política, junto con Keynes, Marx, Polanyi y Galbraith, o en el terreno monetario con las teorías del chartalismo, el dinero endógeno y el circuito. Smith no es considerado un padre de la sociología, pero es uno de los primeros en considerar a la sociedad como un actor o categoría analítica aparte. De hecho, Smith sienta las bases de lo que nunca ha sido realmente nombrado: una economía basada no en las necesidades de capital y dinero, sino más bien basada en la moral, y no solo una moral que favorezca la existencia humana, sino una moral divina que también tenga en cuenta la naturaleza en sus múltiples formas.

Pocos han argumentado —y mucho menos de forma convincente— que la buena economía solo puede provenir de la buena sociedad, precisamente lo contrario del espíritu y el pensamiento del neoliberalismo, en el que la buena economía está fundamentalmente en desacuerdo con la buena sociedad. Pero Smith también es el padre del neoliberalismo, o quizás, mejor dicho, su hijo bastardo retroactivo. Como exploraremos en profundidad, décadas de teoría neoliberal han dejado de lado casi todo el pensamiento de Smith, excepto donde es más contradictorio. De hecho, esto es sintomático del método anticientífico del neoliberalismo de construir sobre errores y no aciertos, y de ignorar hechos y teorías inconvenientes para los intereses privados de la renta financiera.

A través del establecimiento de varios axiomas, el neoliberalismo ha llegado a una cosmovisión que explica la sociedad y los mercados bajo el control de una fuerza divina, bastante parecido al mercado divino y el orden social de Smith. Sin embargo, el Dios del neoliberalismo es diferente al de Smith, y la buena economía

no es la buena sociedad. Como se argumenta, Smith ofrece quizás la mejor guía contra el actual pensamiento neoliberal convencional, no solo al ofrecer teorías alternativas, sino también al advertir sobre las perennes artimañas de quienes presentan como ciencia social los argumentos y teorías que más favorecen los intereses privados dominantes del momento.

Al igual que otros grandes economistas, el pensamiento de Smith tiene un alcance amplio y una comprensión profunda: abarca no solo toda la actividad humana, sino también sus motivaciones. Su pensamiento se delinea fácilmente entre lo metafísico y lo material en sus dos únicos libros, *La teoría de los sentimientos morales* (1759) y *La riqueza de las naciones* (1776). Las dos partes de la economía, la social y la material, se han separado analíticamente al menos desde la Grecia clásica, se han confundido a lo largo de los siglos y, más recientemente, se han presentado de manera complementaria cuando aún existía un debate público abierto. La obra crítica *Era de la incertidumbre* de John Kenneth Galbraith (1977) abre con los dos primeros capítulos, “Los profetas y la promesa del capitalismo clásico”, y “Las costumbres y la moral del alto capitalismo”, mientras que la reacción neoliberal (Brandes, 2020) de Milton Friedman (1980) también comienza con “El poder del mercado” y “La tiranía del control”.

El orden divino de Smith se describe explícitamente en sus textos, pero rara vez es reconocido posteriormente por la ciencia económica:

Nicholas Phillipson, en su premiada biografía de Adam Smith, se refirió a una declaración de Smith como un recordatorio de que no solo *La riqueza de las naciones*, sino todo el proyecto de Smith para una ciencia moderna del hombre fue “construido sobre los cimientos del asalto por excelencia de la Ilustración contra la religión”. Phillipson simplemente estaba expresando la opinión comúnmente aceptada (Friedman, 2022: xi).

La crítica de Smith no fue a la religión, sino a cómo las autoridades religiosas distorsionaron las ciencias morales hacia sus intereses. Asimismo, el neoliberalismo no es una máxima expresión de las ciencias sociales, sino una doctrina religiosa disfrazada como tal. El neoliberalismo retoma el orden divino de Smith, pero para cambiar la suprema divinidad de los dioses al mercado, el primer paso es excluir abiertamente la religión de la ciencia, y el segundo paso es sutilmente —o a menudo toscamente— reemplazar lo terrenal por lo divino. Si bien el orden divino neoliberal de Friedman y en otros textos liberales está en su mayoría implícito, el otro padre del neoliberalismo, von Hayek (Mirsowski y Plehwe, 2013) lo expone con bastante claridad, aunque en un contexto velado, en *Camino de servidumbre*:

La forma más efectiva de hacer que las *personas* acepten la validez de los valores a los que deben servir es persuadirlas de que son realmente los mismos que ellos, o al menos los mejores entre ellos, siempre han tenido, pero que no fueron entendidos adecuadamente o reconocidos antes. Se hace que la gente transfiera su lealtad de los viejos dioses a los nuevos bajo el pretexto de que los nuevos dioses son realmente lo que su sano instinto siempre les había dicho, pero que antes sólo habían visto vagamente. Y la técnica más eficiente para este fin es usar las palabras antiguas, pero cambiando su significado (von Hayek, 1944).

Cualquier noción de progreso en la ciencia social de la economía —pasar de la religión a la ciencia— está en realidad ausente desde la época de Smith hasta hoy en día. El retorno del significado y concepto de la austeridad es un ejemplo. Aun si las ciencias sociales y la economía en particular han avanzado poco, ciertamente ha habido grandes pensadores que han hecho grandes avances. El “descubrimiento de la sociedad”, una y otra vez, se expresa entre ellos:

La economía humana, entonces, está arraigada y enredada en instituciones, económicas y no económicas. La inclusión de lo no económico es vital. Porque la religión o el gobierno puede ser tan importante para la estructura y el funcionamiento de la economía como las instituciones monetarias o la disponibilidad de herramientas y máquinas que aligeran el trabajo (Polanyi, 1968: 148).

Smith hace gran esfuerzo para explicar los fundamentos no económicos de la economía, y traza una línea divisoria moral a través de todos los elementos sociales y materiales de la economía, examinando el dinero, los mercados y el hombre, todo bajo un orden divino. La visión convencional de que la ciencia está en competencia directa con la religión hace que sea fácil descartar los argumentos de Smith como precientíficos. Por lo tanto, es interesante ver qué bien empareja Smith con Polanyi.

Con pocas, pero importantes excepciones, el orden social secular de Polanyi coincide con el orden divino de Smith. La metodología de Smith para comprender la naturaleza humana es claramente renacentista: comprende las emociones humanas y las relaciones sociales a través de los grandes filósofos y dramaturgos griegos. La metodología de Polanyi también se basa en material desenterrado relativamente nuevo para su época, el gran tesoro de evidencia de las economías primitivas y arcaicas descubiertas en los siglos XIX y XX: “los relatos de primera mano de la economía primitiva son lo más parecidos a un laboratorio que los historiadores económicos y los interesados con la economía comparativa pueden conseguir” (Dalton, 1968: xi).

Polanyi fue un admirador crítico de Smith, y aunque compartimos las críticas de Polanyi, probablemente daríamos menos énfasis a las suposiciones erróneas de la naturaleza humana (Polanyi, 1944: 45-47), y más a sus conclusiones sobre el orden divino que establece a los ricos como los amos señoriales divinamente encargados de los asuntos materiales, particularmente porque la fuente de conocimiento de Smith, los griegos y los romanos,

proporciona una amplia teoría y evidencia en contra de tales conclusiones.

Como se argumenta, el neoliberalismo retoma las contradicciones y omisiones de Smith para promover una vez más un orden social y económico para los ricos. En oposición directa al espíritu y la metodología de la ciencia, éstas se convierten simplemente en axiomas. La palabra “naturaleza” es clave para comprender los fundamentos sociales o divinos del pensamiento económico, recordando la cita de von Hayek. Con el surgimiento del neoliberalismo, podemos observar la transición de la economía de un determinismo divino a uno de determinismo de mercado, con la asunción del mercado al reino de la divinidad. En el intervalo histórico entre Smith y el neoliberalismo, podemos ver también cómo la economía clásica y la neoclásica intentaron reemplazar las consideraciones de la sociedad por las del mercado, y pintar a los individuos como la única perspectiva racional de análisis, y el lente a través del cual hay que ver el mundo. Polanyi ofrece un útil remedio a tal posición, incluso si ha tenido poco efecto práctico contra el avance de la pseudociencia.

Bajo el pensamiento neoliberal, hoy volvemos a lo que Smith estaba combatiendo: el secuestro de la ciencia moral por los intereses privados dominantes de la época, sean los religiosos de la Europa medieval o los financieros del mundo actual. Dentro de la concepción actual del determinismo del mercado, la palabra “natural”, aplicada a las tasas naturales de empleo, interés, etcétera, sigue siendo clave. Situada en el centro de las creencias económicas, la definición de “natural” a menudo puede leerse como los deseos de los amos de la sociedad. Esta larga introducción servirá como marco general para las siguientes tres partes, que analizan la política moral, la filosofía política y los mercados y el dinero.

Parte 1: La economía política como ciencia moral

Smith como el padre de la economía política

El debate sobre los supuestos de la naturaleza humana comienza con la primera frase de la obra de Smith: “Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, evidentemente hay algunos principios en su naturaleza, los cuales le interesan en la fortuna de los demás y hacen que su felicidad sea necesaria para él, aunque no obtenga nada de ello excepto el placer de verlo” (Smith [1759] 2005: 286). Este es el primero de varios ejemplos que usaremos en los que la dinámica es la siguiente: Smith establece una suposición, luego dedica muchas páginas de texto a desarrollar su argumento en contra de la suposición; posteriormente, los neoliberales convierten el supuesto en un axioma sustentado en la noción unificadora de la divinidad del mercado. Aparte de la suposición de que los humanos son codiciosos por naturaleza, también examinaremos la suposición de un orden social divinamente determinado en el que los ricos cosechan la mayoría de las recompensas terrenales, y sus consecuencias sobre los sistemas políticos, económicos y financieros. En resumen, es la economía política, de la que Smith tiene un fuerte reclamo paternal:

La economía política, considerada como una rama de la ciencia de un estadista o legislador, propone dos objetivos distintos: primero, proporcionar abundantes ingresos o subsistencia para el pueblo, o más propiamente permitirles proporcionar tales ingresos o subsistencia por sí mismos; y en segundo lugar, proporcionar al Estado o la *commonwealth* ingresos suficientes para los servicios públicos. Propone enriquecer tanto al pueblo como al soberano (Smith [1776] 2005: 455).

El estudio de la economía política es un arte perdido en la economía moderna, con aparentemente poca oferta y demanda en un terreno de debate que ha sido saldado en décadas recientes. James Galbraith sigue el ejemplo de quizás el último gran practicante —su padre— y lo mismo puede decirse de Kari

Polanyi-Levitt. Ciertamente hay otras voces de oposición importantes en el entorno intelectual pos-debate de hoy, pero ciertamente los economistas más influyentes de la actualidad, como L. Summers, P. Krugman y B. Bernanke, se identifican a sí mismos como macroeconomistas y neokeynesianos. Son dos sustituciones reveladoras: a diferencia de la economía política, la macroeconomía se ocupa del mercado en su conjunto y de cómo los actores individuales se ocupan de él. Los gobiernos, las empresas y las sociedades son tratados como individuos y la sociedad es reemplazada por el mercado. Del mismo modo, por mucho que los neoliberales hayan reclamado a Smith como suyo, el legado de J. M. Keynes también ha sido cooptado por los neokeynesianos, quienes comparten mucho más con Friedman que con Keynes. En particular, Keynes se aventuró en todas las áreas de la economía política, mientras que los macroeconomistas nuevos keynesianos solo ocasionalmente se aventuran en bosques tan oscuros, donde rápidamente pierden su orientación.

La estrechez del enfoque de los macroeconomistas de hoy parecería ridícula si se aplicara a la historia como la máxima determinación de si una sociedad o un soberano pueden sostenerse a sí mismos. Estos destinos evidentemente no dependen sólo de un mercado nacional; siempre actúan fuerzas externas y sociales internas. Ninguna historia decente daría un lugar privilegiado a las condiciones del mercado en el gran ascenso y caída de las naciones en décadas o siglos recientes, o el ascenso y caída de grandes imperios en la historia más remota. Pero en la teoría y en la realidad, el neoliberalismo transita sobre un camino y niega el otro.

Polanyi enfatiza que todas las sociedades necesitan una economía de algún tipo, y por lo tanto todas tienen sus formas de dinero y comercio socialmente arraigadas. J. K. Galbraith también enfatizó que el diseño del sistema es menos importante que su forma de llevarse a cabo humanamente: “Bajo el capitalismo, el hombre

explota al hombre. Bajo el comunismo, es exactamente lo contrario”. En cada sociedad y economía, los arreglos sociales y la gestión de las instituciones públicas y/o privadas son condiciones subyacentes que determinan si el aprovisionamiento material satisface o no las necesidades de su sociedad. La gestión macroeconómica práctica es, por lo tanto, simplemente una parte de la economía política.

Al igual que comprender el dinero ha demostrado ser quizás la tarea más difícil para los economistas, identificar y comprender el orden social es quizás la más difícil tanto para los sociólogos como para los economistas. Smith hace fuertes y tempranas incursiones en ambos campos y, lo que es más importante para los argumentos aquí, los conecta con dos caminos que el individuo puede tomar para percibir y buscar la aceptación social en la sociedad:

Esta disposición a admirar, y casi a adorar, a los ricos y poderosos, y a despreciar o, por lo menos, desatender a las personas de condición pobre y mezquina, aunque sea necesaria tanto para establecer como para mantener la distinción de rangos y el orden de la sociedad, es, al mismo tiempo, la causa grande y más universal de la corrupción de nuestros sentimientos morales. Que la riqueza y la grandeza se miran a menudo con el respeto y la admiración que se deben sólo a la sabiduría y la virtud; y que el desprecio, del cual el vicio y la locura son los únicos objetos apropiados, se otorga a menudo de la manera más injusta a la pobreza y la debilidad, ha sido la queja de los moralistas de todas las épocas.

Deseamos tanto ser respetables como ser respetados. Tememos tanto a ser despreciables como a ser despreciados. Pero, al venir al mundo, pronto descubrimos que la sabiduría y la virtud no son de ningún modo los únicos objetos de respeto; ni vicio y locura, de desprecio. Con frecuencia vemos las respetuosas atenciones del mundo dirigidas más fuertemente hacia los ricos y los grandes que hacia los sabios y virtuosos. Vemos con frecuencia los vicios y locuras de los poderosos mucho menos despreciados que la pobreza y debilidad de los inocentes. Merecer, adquirir y gozar

del respeto y la admiración de la humanidad son los grandes objetos de ambición y emulación. Se nos presentan dos caminos diferentes [...] Se nos presentan dos modelos diferentes, dos cuadros diferentes, según los cuales podemos moldear nuestro propio carácter y comportamiento (Smith [1759] 2005: 53-4).

Hoy como ayer, la sociedad hace sus ofertas a los individuos, y los individuos pueden elegir cuál tomar o dejar. En cualquiera de las épocas, el observador atento puede notar dos rutas que se bifurcan en el punto base de las consideraciones morales y que continúan separándose a medida que avanzan a través de la sociedad y los sistemas económicos. Estas serían consideraciones en torno al “lado de la demanda” del orden social. Smith también ofrece consideraciones tempranas sobre el “lado de la oferta”: el qué y el porqué del orden social. En la cita anterior, el orden social es lo que vincula la economía política a las consideraciones morales en su nivel más básico.

La idea de que existe un orden natural en el que los fuertes someten a los débiles encuentra evidencia amplia —pero ciertamente no exclusiva— en la historia de la civilización humana, así como en el mundo animal, un punto que no se pierde en la teoría social. Como destacó Galbraith (1977), Herbert Spencer sería uno de los principales defensores de la filosofía de la Ley del más fuerte en el siglo XIX bajo el estandarte del darwinismo social: “De una forma u otra, Spencer logró no escribir unos “Principios de economía” —nadie sabe cómo—. Eso no le impidió enunciar las opiniones más crudas sobre economía y política económica jamás pronunciadas por un intelectual. Comparado con él, Bastiat era un meticuloso empirista” (Polanyi, 1950: 57).

Darwin tampoco estuvo libre de pecado. Inspirado por Thomas Malthus, *El origen de las especies* contiene varios errores claves y el subtítulo rara vez pronunciado: *La preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*. No se puede considerar

